

## ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE BELLVER.



os millas al oeste de la ciudad de Palma, en un monte elevado 404 pies sobre el nivel del mar, y distante 2640 de su orilla, está situado el castillo de *Bellver*, que los antiguos llamaron de *Pulchro vissus*, denominación equivalente á buena vista. La de *Bellver* que presenta un aspecto imponente y grandioso por ser, como dice el sabio Jovellanos, uno de los mejores monumentos militares del siglo XIII levantado con tino y maestría, recuerda al curioso é ilustrado viajero los muchos y singulares acontecimientos de que ha sido teatro, Pedro Salvá, arquitecto mallorquin y obrero mayor del palacio de D. Jaime II, lo construyó de orden de este soberano magnánimo y emprendedor, y hubo de empezarlo despues de 1263, pues una Real carta de 22 de mayo de aquel año, dirigida al *espectable* Arnaldo Bastida, tesorero y procurador real de Mallorca, no tan solo nos conserva el nombre del autor de esta magnífica obra, sino tambien el del punto de donde se estrajeron los sillares que se emplearon en ella, que fue la dehesa *Almaling* de Pedro Granada, no muy lejos de Palma. Su figura es elíptica, todo de excelente sillería, y de firme é ingeniosa construcción: su plaza de armas es muy espaciosa, y sus muros y fosos corresponden al conjunto: tiene las bases de algunas al-

*Segunda série.*—Tomo II.

menas de buen entalle, que estuvieron suspendidas por matacanes: el padastro ó torre de homenaje, que se comunica con el fuerte por medio de un puente, es orbicular y de una elevacion respetable, y su horrorosa cava, conocida con el nombre de *la olla*, es la mas cruda prision de la isla. Si bien, como hemos dicho, se empezó la fábrica de este castillo en el reinado de Jaime II, tenemos por muy seguro que no se concluyó por entonces, pues los libros de datas del real patrimonio Balear correspondientes al año 1332 hacen memoria de varias cantidades satisfechas á los arquitectos Pedro Tayada y Arnaldo Llompard, maestros mayores del castillo de *Pulchro vissus*. Tal vez quedó paralizada la obra de este para atenderse á la del palacio real de Palma que en 1309 estaba ejecutando el obrero Pedro Salvá. Sea como fuere, los arquitectos Tayada y Llompard hubieron de dar fin á la fábrica de *Bellver*, pues en 1343 ya estaba guardado este castillo por el alcaide Nicolás Mari y los guardias Jaime Oleza, Bernardo Milifoch, Raimundo Palon, Bartolomé Estevás, Mateo Serra, Guillermo Mestre y otros; en cuya ocasion fue tomado por Bernardo de Sot á nombre de D. Pedro IV de Aragon, usurpador de la corona de D. Jaime III, y aun hemos leído en un papelejo del Heydeck de Mallorca, que *Bellver* fue el lugar

15 de noviembre de 1840.

donde aquel monarca hizo construir una campana que á semejanza de la famosa de Huesca, se oyeron sus sonidos por todo el reino. Del asalto, saqueo y crueldades que hicieron los conuencos en este castillo en el año 1522 se conserva aun con aprecio una hermosa cántiga de aquel tiempo.

En *Bellver* lloró amargamente su desventura el sapientísimo Jovellanos, lumbrera de la literatura española: permaneció en él, según escribe el padre Luis de Villafraña, sufriendo innumerables insolencias del gobernador Don Ignacio Garcia, hombre verdaderamente extravagante, desde el cinco de mayo de 1802 hasta el seis de abril de 1808.

En este castillo encontró su trágico fin el bizarro militar y benemérito patriota de quien habla esta inscripción, que se ve grabada en marmol, en uno de los merlones de su muralla. «*Aquí fué fusilado el Excmo. Sr. Don Luis Laci, teniente general de los ejércitos nacionales, el dia cinco de julio de 1817 á las cuatro y cuarenta minutos de la mañana, víctima de su ardiente amor á la libertad. La patria recuerda con entusiasmo sus glorias militares, y llora sus virtudes.*»

El castillo de *Bellver* fué tambien destinado en 1824 para prision del sabio jurista D. Estevan Bonet y Perelló: aun parece que aquellas tramandas bóvedas vuelven los melancólicos sonidos de la cítara con que cantaba su *fuga de las musas*.

Solo nos falta decir, por conclusion de este artículo, que la castellana de *Bellver* ha sido por algunos siglos señorío del Prior de la cartuja de Valdemusa, quien nombraba los alcaldes, en clase de tenientes suyos, en virtud del privilegio de D. Alonso V de Aragon de veinte de abril de 1408; pero habiéndose resuelto por real orden de diez de octubre de 1717 que aquella eleccion correspondia á S. M., quedó el referido monasterio con la posesion de unas llaves del castillo, y con el goza de cincuenta libras anuales sobre los fondos del real patrimonio, por razon del sueldo que debia percibir como castellano.

JOAQUIN MARIA BOYER.

## EGIPTO.

### LA FUENTE DE MOISÉS.



anos conocemos el origen de esa fuente abierta por la vara de Moisés en su tránsito por el desierto hasta llegar á la Tierra Santa con el pueblo de Israel. Algunos expositores han dudado de la existencia actual de sus manantiales; pero los viajeros la atestiguan, y hacen de ellos la siguiente descripción.

Sobre la orilla occidental del golfo de Suez, cuatro leguas al sur de la ciudad del mismo nombre, y casi frente al valle del *Extravio*, se encuentran dos manantiales, indicados en todos los planos geográficos, los cuales son conocidos con el nombre de *fuentes de Moisés*.

Aunque el agua de esa fuente es menos salada que la de muchos pozos salinos en otros parages del desierto, es salobre, sin embargo, y por consiguiente no apaga la sed tanto como el agua dulce; pero sirve para la vegetacion, y los animales y aun las personas pueden beberla por uno ó dos dias sin experimentar incomodidad notable. Por otra parte, como corre y se renueva continuamente, está siempre clara, y no tiene olor ni sabor desagradables, mientras que la del mayor número de pozos se enturbia de ordinario por la agitacion en que se la pone al sacarla, teniendo casi siempre un olor bastante fétido. El pozo de *Adgiront*, por ejemplo, situado á cuatro leguas al norte de Suez, destinado para las caravanas de la Meca, á tras jornadas del Cairo, tiene doscientos pies de profundidad: las materias animales y vegetales, que por mil accidentes caen dentro de él, llegan á corromperse de suerte, que el agua, prescindiendo de su cualidad salobre, despiden un olor á hidrógeno sulfurado casi insoportable.

En todos tiempos ha debido ser la fuente de Moisés de suma utilidad para los árabes de *Tor*, que habitan las cercanias del monte Sinai; porque precisados á sacar de Egipto una parte de sus comestibles y los objetos de industria extranjera, llevando en cambio los productos que recogen de los áridos bosques que coronan sus montañas, su transporte solamente han podido hacerle en caravanas; y por lo mismo la fuente de Moisés ha sido siempre punto señalado para el descanso de las mismas. Además de esto, desde que se fundaron establecimientos marítimos en la costa del golfo, ya en el mismo Suez, ya á la entrada del valle del *Extravio* sobre el camino que conduce del mar Rojo á Memphis, la fuente de Moisés ha debido ser muy frecuentada como indispensable recurso, cuando, despues de largas sequias, llegaban á agotarse las cisternas.

Pero la época en que la fuente de Moisés parece haber excitado un interés mayor es la de la guerra de los venecianos unidos á los egipcios contra los portugueses, despues del descubrimiento del paso á la India por el cabo de Buena-Esperanza. Bien sabido es que para defender los primeros su preponderancia mercantil, que hasta entonces habian conservado sin rivales, hicieron construir y armar escuadras en Suez. No es probable que estableciesen astilleros en la fuente de Moisés, cuya localidad no ofrece ventaja alguna para ese objeto; pero es de creer que en ella hiciesen lo que llamamos aguada. De todo cuanto se fabricó en aquel tiempo sobre su terreno, nada queda sino algunos vestigios considerables de obras subterráneas, con especialidad de recipientes trabajados con sumo cuidado, adonde vertian las aguas de los manantiales para ser conducidas por medio de un gran canal hasta la orilla del mar. Este canal fué descubierto por Bonaparte durante sus conquistas en Egipto: su longitud es de 700 á 800 toesas, y termina en la orilla entre dos mamilas producidas por los escombros, vestigios sin duda del punto de aguada propiamente dicha. La aguada debió estar dispuesta, al parecer, de una manera acomodada á la forma de los vasos en que acostumbraban embarcar el agua.

A distancia de unas cien toesas, y al norte del último manantial, se encuentra un montecillo en que se ven restos de jarrones y otras vasijas de tierra mal cocida, así como tambien ruinas de hornos de alfarería. Estos datos y

el hallar un crecido número de palmeras distribuidas con cierta simetría, que no puede ser obra de la casualidad, prueban haber sido habitado en algún tiempo el terreno en que está situada la fuente de Moisés, y que toda la playa comprendida entre los manantiales y la orilla del mar estuvo también cultivada. Por otra parte se nota que las vasijas de tierra no eran de las que se usaban en el país para sacar agua de los pozos, sino al contrario, de tamaño crecido, propias para embarcar agua; puesto que la escasez de madera de todo aquel terreno, y acaso la falta de industria, impedían la construcción de barricas usadas en las embarcaciones.

La fuente de Moisés presenta un fenómeno muy notable de hidrostática. Los ocho manantiales que la componen brotan desde la cima de otros tantos montecillos cónicos, terminado cada uno de ellos por una especie de crater que sirve de pila al manantial, desde donde desciende el agua bañando la superficie cónica del montecillo por regueros naturales. Estos montecillos son de altura desigual: el más elevado levanta cuarenta pies; carece ya de agua, y su crater está lleno de la arena que en él ha amontonado el viento; pero se descubre todavía en su centro el tronco de una palmera, que después de haber crecido mucho, fué cortada por los árabes.

Pudieran darse razones físicas bastante fundadas para demostrar la causa de haberse formado esos ocho montecillos de donde brotan los manantiales, así como también puede demostrarse que estos en su origen no fueron mas que uno en corroboración del texto de la sagrada escritura. En efecto el manantial, cuyo crater está más elevado y seco, puede crearse sin violencia que su altura de cuarenta pies es un máximo determinado, no tanto por la fuerza de la presión que el agua ha experimentado en la parte baja del montecillo, cuanto por la resistencia de que son capaces las paredes de los conductos subterráneos y naturales que la conducen; de suerte que el agua, habiendo llegado á esa altura, ha podido romper sus paredes, buscar otras salidas, y producir nuevos manantiales que habrán motivado el secarse el primitivo; y por consiguiente alrededor de ellos se formarían, como en aquel, los montecillos, de cuyas cimas brota el agua en la actualidad.

Sea lo que fuere, es muy probable que en épocas remotas la fuente de Moisés no tenía otro manantial que el actualmente seco, y que los ocho de donde brota el agua, y cuyos cráteres están más bajos, se han producido posteriormente ó por la ruptura natural de paredes demasiado débiles, ó por las escavaciones practicadas con diversos fines en tiempos en que la fuente era muy frecuentada, y sus alrededores habitados.

Sería de sumo interés reconocer la forma y naturaleza de los canales naturales que llevan el agua de esa fuente á través de una gran llanura de arena, en donde experimenta una presión capaz de hacerla subir á más de cuarenta pies sobre su nivel; y cerciorarnos al mismo tiempo de si esa agua viene en efecto de la cadena de montañas que desde la Siria cruza hasta el monte Siná, y que se distingue desde cerca de cuatro leguas al este de la fuente, ó cuál es el verdadero punto de partida de tan célebre raudal. Mas ese reconocimiento exigirá un viaje más detenido y circunscrito al mismo tiempo á nuevas y más extensas investigaciones geológicas.

## CARLOTA CORDAY.

Un episodio de la revolución francesa.

## I.

## DOS CARTAS.



— ¡H! es preciso que me separe de tí, decía la jóven Carlota á su amiga Hortensia. Mi destino está en París, en esa ciudad, donde triunfan alternativamente el crimen y la virtud, donde Genaro...

— ¿Qué has sabido de él? la preguntó su amiga con impaciencia.

— «Toma, lee la carta que acaban de traerme.»

Hortensia desdobló el papel, y leyó lo que sigue.

«Amada mía: la capital de nuestra hermosa Francia es un vasto mercado, al cual acuden todos los departamentos para vender sus opiniones y comprar las agencias; la convención nacional es el verdadero santuario, es la salvación de la patria, y su actitud amenaza á la Europa entera: sin embargo, no todo lo que brilla es oro puro. Ayer me presenté al ministro de la guerra, y le dije que el departamento de Calvados no dependría las armas, mientras abrigase la representación nacional á ciertos hombres nacidos más bien para desacreditar la revolución que para llevarla á cabo. Un hombrecillo de figura enfermiza, y cuyo traje anunciaba miseria y desaseo, estaba sentado delante de una mesa y leía varios papeles. Al oír mis palabras se levantó y preguntóme quienes eran los representantes á los cuales aludía. No vacilé en nombrar á Marat, apellidándole «el mundo» y á Camilo Desmoulins. Una fiera sonrisa animó su esdrújula fisonomía, y volvióse á sentar. Estoy temblando, mi querida Carlota; era el mismo Marat en persona...» El resto de la carta se reducía á mil protestas de cariño.

Una lágrima se desprendió de los ojos de Hortensia al devolver el escrito á su amiga.

— «Es una desgracia fatal, le dijo: Genaro corre el mayor riesgo en París, porque Marat es el ídolo del pueblo.

— «Yo le derribaré, si se atreve á acusar al hombre que adoro, respondió Carlota. ¿Crees, acaso, Hortensia, que mi amor es alguno de esos fuegos fatuos, que aparecen deslumbrando nuestra vista con vivos resplandores, y desaparecen al momento para dejarla en mayor oscuridad? No: mi amor es una pasión que á ninguna otra se parece; es una cosa santa, una segunda existencia mucho más preciosa que la vida; una necesidad que jamás se verá satisfecha; una esperanza de felicidad, pero de una felicidad inconcebible, un pensamiento delicioso, que se desliza del alma, y vá ocupando sin cesar todas las horas de mis días y de mis noches... ¡Hortensia! mas que todo esto es mi amor. Y Genaro... ¡Genaro!... ¡Ah! Hay instantes en que no me atrevo á pronunciar su nombre, porque temo que alguna rival le oiga, y adore al que le lleva; hay instantes en que lo repito dentro de mí

corazon, y me parece que él me escucha; y entonces quisiera volar á su lado, y confundir mi alma con la suya, y morir con él, para que el mundo no profanase nuestro amor. ¿Lo creerás, amiga mía? ¿Crearás tú que esta carta, nuncio terrible de los peligros que rodean á Genaro, es mi mayor ventura? ¡Ah! vosotras, las almas tranquilas, las que no concebís esto; pero yo sí, lo concibo, porque esta carta me llama á París; á París que tanto he aborrecido siempre y que desde hoy amo, como si allí se meciera la cuna de mi infancia, en donde sin duda mi amante padece entre cadenas, en donde no hay acceso un corazon bastante virtuoso, que se atreva á llevar al preso un pedazo de pan y un jarro de agua. ¿Concibes ahora el placer de Genaro, cuando yo me presente delante de su reja con ese pan, con esa agua y con todo mi amor?

— «Pero, querida Carlota, eso es imposible; es un sueño, hijo de tus deseos. Si Genaro está preso, no podrás verte, no hallarás medio de llegar hasta él, ni sabrás donde le tienen... ¡Hay tantas cárceles en París! Y luego si preguntas, te mirarán como sospechosa, como espía de los emigrados, te prenderán...»

— «¿Y quién se atreverá á ello? No, no temas, nadie puede prender á una amante que se sacrifica por su amado. ¿Qué mal les he hecho yo? Desengáñate; mi inocencia es una fuerza irresistible, y las puertas de los calabozos se abrirán á mi voz. Marat, el mismo Marat, cuya pluma es un colmillo de javalí, cuyas entrañas son de hierro, depondrá sus resentimientos á la vista de una mujer de veinticinco años, que le pide su amante. ¿Pienzas tú que no lo hará?»

— «Creo que tu esperanza se duerme en un porvenir engañoso.

— «¿Y por qué, pues, se dicen salvadores de la república y amigos del pueblo, Marat y los montañeses?»

— «Esos y otros son los nombres con que se alucina al pueblo.

— «¿Se alucina! ¿Con que no es cierto que Marat ama la república?»

— «Sus escritos lo revelan: es un partidario del crimen, se deleita con la sangre, y pospone su felicidad á su venganza.

— «¿Y ese es el hombre del pueblo! ¡Ese hombre ha sido llevado en triunfo por las calles de París! Bien merece ser desgraciada la nación que tolera en su seno tales monstruos. Pero... no es esto, no es esto lo que yo debo pensar ahora. Es necesario que yo parta hoy mismo; ¿hoy, lo entiendes? Es preciso que yo llegue á París, que hable á Marat, que me arroje á sus pies...»

— «¿Á sus pies!»

— «Sí, á sus pies ¿por qué no? No me digas otra vez que es un malvado, ¡Oh! no me lo digas: necesito creer que se apiadará de mis lágrimas y que me devolverá mi amante. Mira: yo le diré: «Ciudadano representante, toma mi vida en rescate de la de Genaro.»

— «Y el ciudadano aceptará, no lo dudas: es hombre que sabe hacerlo; morirá por tu amante.

— «¿Ah! ¿Qué has pronunciado? Repite esas palabras... ¡Morirá por mi amante!... ¿Con que hay un medio seguro de salvar á Genaro? ¿Qué felicidad!»

— «Ambos pereceréis, desgraciada amiga.»

— «En ese caso habrá un tercero que nos acompañe. Yo puedo perdonar mi muerte, pero la de mi amante... ¡Ah! nunca, nunca.

Las dos amigas callaron, y Carlota se asomó á una ventana: miró largo rato hacia el camino de París, y dijo en voz baja:

— «No tendré que acudir al último extremo: la compasión hará por mí mas que el puñal.

— «¿La compasión! replicó Hortensia en el mismo tono. En París se ha publicado una ley que prohibe la compasión.»

Volvieron ambas á guardar silencio, y una pálida mortal apagó los hermosos colores del rostro de Carlota.

El diálogo que acabamos de escribir se tenia en una sencilla habitacion de la ciudad de Caen, entre la hija de un honrado procurador republicano del Calvados y otro jóven que se hizo desgraciadamente célebre en la revolucion francesa. Esta vivia con su amiga, á quien amaba con la ternura de una hermana, y hacia veinte dias que por pasar algun tiempo en su compañía, se habia separado de su padre Mr. Hilaire Corday, el cual habitaba una pequeña quinta á pocas leguas de distancia.

Pocos momentos despues que acabaron de hablar, Carlota hizo saber á su padre por medio de un billete, que un asunto del mayor interés la llamaba á París; metió en una maleta la ropa mas preciosa, y en seguida hizo ajustar una silla de posta, previniendo al postillon que al anochecer la esperase á la salida de la ciudad. Solicitó tambien y obtuvo de dos *girondinos* deserrados diversas recomendaciones para París, y pasó el resto del dia con Hortensia, que no cesaba de llorar, considerando los peligros que iban á cercar á su amiga, y presintiendo la desgracia de que pronto seria víctima.

Llegada la hora de partir, Carlota se arrojó en sus brazos, y le dijo estas palabras: *Si miro, consueta á mí pobre padre; pero su voz no se alteró, ni sus ojos se humedecieron.* Habia formado una resolucion, salvar á su amante ó perecer con él; y aquella jóven tan pura, tan amante, tan poética, no veía, no sentia, no reflexionaba sino el objeto esclusivo de sus ilusiones. Dotada de un espíritu fuerte y emprendedor; hermosa como el último pensamiento de un mártir, y acostumbrada á mirar el porvenir como un tropel de venturas, el presente como una molesta pesadilla, y como una felicidad eterna lo pasado, confiábase sin vacilar á merced de la suerte, segura de su triunfo, cualquiera que fuese el término que esta le destinase. Habia olvidado en aquel momento su juventud, su tranquilidad, el mundo entero; y solo el nombre de París, que pronto debía asombrarse de su arrojo, era lo que la imaginacion de Carlota Corday veía escrito en todas partes con letras de fuego.

Arrancóse de los brazos de la inconsolable Hortensia, y ya ponía el pie en la escalera amiga, que no debía volver á subir, cuando un hombre de mala traza, cubierto su cabeza con el gorro republicano, puso en sus manos un pliego.

— «¿Es de París!»

— «¿Es de Genaro! exclamaron á un tiempo las dos amigas.

Y el hombre del gorro les dijo:

— «Hablad mas bajo, ciudadanas, porque si el ciudadano representante de Caen llega á saber que he traído eso, me hará guillotinar. A duras penas he podido salir de la capital.»

Carlota abrió la carta, y recorrió con la vista las primeras líneas; un sudor frio empezó á bañar su pálida frente; apoderóse de todos sus miembros un temblor convulsivo, y cerrando los ojos, cayó al suelo sin sentido.

Hortensia y el republicano acudieron inmediatamente á su socorro, y la colocaron en su cama. La primera cogió la carta que la mano de Carlota acababa de desamparar, y leyó:

«Carlota mía: estoy condenado á muerte, y mañana...»  
«Marat se ha vengado del insulto...»

Hortensia tampoco pudo continuar.

## II.

### UNA AMANTE.

La ciudad de París presentaba en 1793 el imponente aspecto de un gran campo militar, y la Europa admiraba en silencio las disparatadas decisiones que diariamente se debatían en el seno del Convencion nacional, ventiladas primero en las *secciones*, aplaudidas después en los *jacobinos* ó en los *fuldenses*, y propuestas al cuerpo legislador por alguno de los oradores más descollantes de la *Montaña*.

El redactor del *Amigo del Pueblo*, el célebre Marat, cuyo triunfo sobre los *girondinos* fue sin disputa uno de los sucesos memorables de la revolución, yacía sin fuerzas para volar á la tribuna y lanzar sus formidables anatemas contra sus enemigos políticos: una calentura inflamatoria, consecuencia inmediata de la incesante agitación de una vida borrascosa, gastada en debates parla-

mentarios siempre reñidos, y en un trabajo mental inaguantable para el hombre de constitución más fuerte, le había reducido á un estado de debilidad, que le impedía tomar parte en las importantes discusiones que se sucedían sin interrupción, y en las cuales Robespierre empezaba á esomar la cabeza, revelando el hombre que debía hacer olvidar la gloria de Marat. Pero este trabajaba en su casa noche y día, y la incansable prensa del *Amigo del Pueblo* circulaba á París y á los departamentos las doctrinas del que desde su lecho gobernaba entonces á la Francia.

El seis de agosto se presentó en casa de Marat una jóven, cuyo modesto pero limpio traje predisponía en su favor. Era de regular estatura, muy blanca, y sus hermosísimos ojos negros, que el pudor le obligaba á tener inclinados hácia el suelo, cuando no agitaban su corazón violentas pasiones, podían mirarse como la menor perfección de su rostro. Vestía exactamente el traje de las campesinas normandas; saya corta blanca y delantal negro, y cubría sus pobladas trenzas de ébano una graciosa papalina.



(Carlota Corday).

El ama de gobierno de Marat era una mujer que frisaba en los cincuenta años, de repugnantes facciones, y de un carácter poco á propósito para contemplar sin envidia los atractivos de la jóven que tenía delante. Examinó á esta con maligna curiosidad, y después de haberse enterado muy por menor de todos los adornos que daban mayor realce á su belleza, le dijo:

— « Con que ciudadana, ¿pretendes hablar al ciudadano Marat? »

— « Sí, respondió la jóven; tengo que comunicarle noticias interesantes. »

— « Ya, ya me figuro, ciudadana, de qué clase serán esas noticias, pero mejor te estaría aprender otro oficio más honroso. ¡Válgame Dios! ¡Cuánta maldad hay todavía en la república! »

— « Ciudadana, no me insultes así, pues no lo merezco: necesito hablar al representante Marat... »

— « Y yo digo que no le hablarás, ciudadana insolente; y te prometo que pronto cortará la guillotina esa hermosa cabeza que levantas con tanto orgullo. »

— « En eso último, puede ser que no te equivoques, porque ha llegado la época de cortar cabezas. Tal vez no esté muy segura la del representante Marat, si se niega á oírme. »

— « Ciudadana Margot, gritó Marat desde su aposento, deja entrar á cualquiera que sea: la salud de la república exige que se atiendan los clamores del pueblo. »

— « Entra pues, ciudadana, dijo Margot: así como así, yo hacía mal en privar al representante de tan in-

o bocado. Y volviendo la espalda se dirigió refanfañando á la cocina.

Entró la jóven, y encontró á Marat en el baño. Hizo un movimiento para retirarse; pero el temor de perder, para el logro de su designio, una coyuntura que tal vez no volvería á presentarsele, la obligó á permanecer en la habitación, la cual tuvo cuidado de examinar rápidamente con la vista.

Marat se hallaba solo y tomaba un baño tibio: á su lado estaba la mesa en que trabajaba, sobre la cual había varios números del *Amigo del Pueblo*, y en una silla inmediata una jarra blanca con algun acimientito y un vaso. La jóven normanda se acercó á él, y le dirigió la palabra.

— «Salud, ciudadano.

— «Esa me falta, ciudadana: si la tuviera mis esfuerzos salvarían la república.

— «¿Ya desconfías, ciudadano?

— «Temo que la condescendencia del partido de la *Montaña* ocasione la ruina de la patria. Se necesita sangre.

— «Sí, sangre como la que se ha derramada de poco tiempo á esta parte. ¿Sabes que los *girondinos* han jurado tu muerte?

— «Que vengon, no les temo; en la Convención los he destrozado todos, uno tras otro, acabarán en la guillotina.

— «Ellos son los que trabajaban en la conspiración que debía estallar en París, dirigida por un traidor de Caen que te había insultado: su nombre era...

— «Genaro Vergniaud, sobrino de uno de los diputados por la Gironda; su atrevimiento le costó la cabeza.

— «¿Y conspiró?

— «Sí, sí, conspiró. ¿Crees, ciudadana, que aquí guillotinamos á los que no conspiran? Pero ya basta; tengo sueño, y así dime pronto el negocio que te trae á mi casa, siempre abierta para el pueblo.

— «Has de saber, ciudadano representante, que esos mismos *girondinos* son los que sitizan en secreto la sublevación del departamento de Calvados, y están en correspondencia con los emigrados de Coblenza.

— «¿Qué me cuentas, ciudadana! ¡Ah! Ya son míos! Pero... una prueba, ciudadana; una sola prueba, y salvarás la república.

— «Aquí la traigo, dijo la jóven, y echando la mano al pecho, sacó de él un puñal pequeño, y lo hundió con fuerza en el de Marat, diciéndole: *asesino de Genaro Vergniaud, muere á manos de su amante.*

— «A mí, Margot, mi buena amiga... exclamó Marat queriendo huir, y cayó en el baño, cuya agua se tiñó con su sangre.

Margot oyó la exclamación del representante, pero no se atrevió á acudir sola: gritó desde la ventana, y en un instante se presentaron mas de cuarenta ciudadanos armados de fusiles y picas, los cuales encontraron á la jóven con el puñal en la mano que contemplaba con delicia el cadáver de Marat.

Todo se convirtió al momento en alboroto y confusión: corrió de boca en boca la noticia de la muerte del *amigo del pueblo*, y mas de cien picas amenazaron hacer pedazos el cuerpo de aquella hermosa jóven, que, serena, risueña en medio de tanto peligro, parecía no oír los horribles gritos de la multitud, ni las furiosas imprecaciones de que era objeto. Ya la habían agarrado por los brazos, sin que opusiera la menor resistencia, y se disponían á sacrificarla á su rabia, cuando uno de los mas alborotados contuvo á sus compañeros.

— «¿Qué vais á hacer? les dijo. ¿Una muerte oscura al asesino del grande Marat! No, ciudadanos; miradla; es hermosa, y mereca bien figurar en la guillotina.

— «¡A la guillotina! ¡A la guillotina! gritaron con rabia hombres y mujeres. Y ya empezaban á formarse todos en dos hileras, para dar á la justicia que iban á ejecutar cierto carácter de legalidad, cuando llegó, acompañado de un piquete de la guardia nacional, un oficial, que acercándose á la jóven, la dijo:

— «¿Cuál es tu nombre, ciudadana?

— «Carlota Corday, respondió ella sin vacilar.

— «Sígueme á la *Conserjería*.

— «Vamos.

### III.

#### LA SANGRE PIDE SANGRE.

Eran las cinco de la mañana del diez de agosto, día destinado al juicio y sentencia de Carlota Corday. El pueblo inundaba ya las inmediaciones de la *Conserjería*, y muchos preguntaban si era cierto que el asesino del invencible Marat no era mas que una jóven: otros aseguraban que, aunque esta había dado el golpe, contaba con un sinnúmero de conjurados que debían proclamar al mismo tiempo el trono absoluto, y que no le proclamaron, porque los buenos ciudadanos estaban siempre alerta: los que se preciaban de seguir el hilo á las maquinaciones secretas de los enemigos de la república decían, que aquella fanática se había vendido al oro de Inglaterra, y los que creían acertar propalaban, que había sido seducida por los *girondinos* desterrados. Así el verdadero motivo que armó su brazo fué un secreto para su época, y en la nuestra muy pocos son los que no han juzgado aquella desgraciada jóven como una víctima del fanatismo político.

Carlota yacía sepultada en un hediondo calabozo, sin mas cama que el frío suelo, ni mas alimento que un pedazo de pan duro y negro y un jarro de agua. Hallábase empero tranquila, y aunque sabía que iba á ser sentenciada á muerte, su corazón palpitaba con sosiego, y algunos deliciosos recuerdos de sus infelices amores llenaban su mente de felicidad. Acordábase tambien de los primeros años de su vida, del desamparo en que pronto quedaría su padre, y del sentimiento de su amada Hortensia, cuando supiese el término á que le había conducido su viaje á París, y entonces deslizaban por sus mejillas algunas lágrimas que en vano procuraba contener... No tardaba sin embargo en fortalecer su ánimo aquella íntima convicción que la sostuvo desde el punto en que abrazó la resolución de matar á Marat, hasta que la vió cumplida: érale insoportable la vida sin la vida de Genaro, y vengado este por su mano, prefería morir en la guillotina al dolor de vivir desesperada.

«Que me lleven, decía; verán que mis pasos no vacilan al subir las escaleras del cadalso, y que sus dictorios y amenazas se convierten para mí en cánticos de triunfo y de victoria. ¡Insensatos! ¡Vais á vengar en mi la muerte de vuestro hombre! ¿No pensáis por ventura que yo me he adelantado, vengando en vuestra «hombre la de mi amante? ¿No pensáis que en medio de «vuestra horrible algazara se levantarán mil voces de bendición á mi nombre, allá en el fondo de los corazones «ulcerados? ¡Imagináis acaso que podrán maldecirme, «la madre, cuyos hijos entregó vuestro hombre al hacha «de los verdugos, la esposa que llora al esposo sacrificado por el que calculaba á sangre fría las cabezas que «sobraban en Francia, y el valiente guerrero que pasaba «merced á una acusación de Marat, desde el mando de «una brigada á las tinieblas de una cárcel? Mi nombre, «republicanos, se escribirá en la historia, porque yo sola,

«vengado á mí amante, la libertad á la Convencion y á la Francia del tirano que las oprimia; los vuestros... pasarán al olvido, porque sois muchos los que os habéis reunido para matar á una mujer: el mundo entero sabrá que el sanguinario Marat pereció á manos de Carlota, pero ¿quien dirá al mundo los nombres de mis asesinos?»

A las ocho de la mañana se reunió el tribunal que debía juzgar á la heroína del Calvados. Los jueces eran aquellos mismos que convirtieron en triunfo una acusacion dirigida por la Convencion nacional contra Marat, los mismos *jacobinos* que en el recinto de sus sesiones ponian la pena de muerte á la orden del dia, y fulminaban las sentencias sin apelacion desde el *tribunal revolucionario*. Hechuras del coloso Danton, se preparaban ya á destruirlo y á diezmar la Francia.

Llevada Carlota ante el tribunal por una turba de furiosos que se apoderó de todas las puertas y avenidas, el presidente tocó la campanilla para restablecer el orden. Todas las miradas se clavaron entonces en aquella desgraciada jóven, cuyo sereno continente parecia desafiar á todo un pueblo, á una revolucion entera, y jueces hubo (preciso es confesarlo en honor de la humanidad) cuyos rostros espresaron señales de piedad, al aspecto de tanto infortunio y de tanta resignacion.

La voz del presidente se dejó oír clara y sonora.

— «Ciudadana, dijo: el supremo tribunal revolucionario exige de ti una relacion exacta de tu nombre, los de tus padres, y de los motivos de tu último viaje á Paris.

— «Ciudadano presidente, respondió Carlota con firmeza, eso no es necesario. ¿Crees que pienso escitar vuestra compasion con falsas declaraciones? Una sola cosa debes preguntarme y es, quien ha asesinado al tigre Marat: á eso respondo, que yo.

Los miembros del tribunal tardaron largo espacio en volver de la sorpresa que les causaron las palabras de la intrépida jóven, la cual ocasionó un tumulto en que esta hubiera perecido al furor del pueblo, si los soldados que la custodiaban no lo hubieran impedido. Al fin se calmaron algun tanto los ánimos, y el presidente volvió á tomar la palabra.

— «Ciudadana, ten mas apego á tu vida, y respeta al tribunal. ¿Cual es tu nombre?

— «Carlota.

— «¿Los de tus padres?

— «No respondo á esa pregunta: los nombres de mis padres no quedarán apuntados por culpa mia en vuestros registros de sangre.

— «¿Con qué arma has cometido tu execrable crimen?

— «Con un puñal.

— «¿Quién te le dió?

— «Lo compré en el camino, mas no me preguntes en qué pueblo, porque no responderé: me he propuesto decir la verdad sin comprometer á nadie.

— «¿Conoces á los *girondinos* desterrados de la Convencion?

— «Sí; alguno de ellos me dió recomendaciones para Paris, pero he roto las cartas.

— «¿Quién te las dió?

— «No respondo.

— «¿Son cómplices tuyos los diputados Duperret y Fauchet?

— «No tengo cómplices: yo sola he concebido la muerte del tirano, y yo sola la he ejecutado.

— «¿Qué motivo te indujo á ello?

— «Pregúntalo á las viudas de los que Marat envió á la guillotina.

— «Sin embargo, tu has visitado á Duperret y á Fau-

chet antes de perpetrar el crimen que habias meditado.

— «Es verdad; fui á suplicarles que me alcanzasen una audiencia de Marat.

— «¿Les declaraste tu desigüo?

— «No; nadie ha tenido noticia de él hasta despues de ejecutado: no queria yo que tal vez se malograra por una revelacion indiscreta.

— «¿Que dijiste á Marat?

— «Que los *girondinos* conspiraban en Normandía: me pidió una prueba, y le di una puñalada en el corazon.

— «Ciudadana, firma lo que has declarado.

Carlota se acercó á la mesa, cogió la pluma, y despues de leer el escrito que le presentaron echó en él su firma: en seguida se levantaron los jueces; el presidente recibió la votacion en secreto, y dirigiéndose á Carlota, dijo:

— «Ciudadana, el tribunal revolucionario te sentencia á que sea cortada tu cabeza dentro de cinco dias en la plaza de la Revolucion.

— «La sangre pide sangre, respondió la amante de Genaro.

Cerróse el tribunal, y ella fué conducida á la Conserjería, acompañada de las maldiciones del populacho.

#### IV.

Un carro conducia á Carlota Corday el 15 de agosto de 1793 por las principales calles de Paris. Iba escoltado por los hombres mas desalmados del arrabal *Saint Antoine*, y precedido por aquella porcion de pueblo que siempre insulta á la desgracia, sea cual fuere el partido á que pertenezca el caido; y que mas tarde habia de acompañar al mismo destino á Danton y á Robespierre, sus ídolos. La hermosa Carlota se habia esmerado aquel dia en su compostura, y el vivo encarnado de sus mejillas, el carmin de sus labios, y la angelical sonrisa con que recibia los bárbaros dieterios que le prodigaba la plebe, hacian singular contraste con el lúgubre patibulo que levantaba su ensangrentada frente, y al pié del cual aguardaban su víctima los verdugos, declarados en Paris permanentes.

Llegada la comitiva á la plaza de la Revolucion bajó del carro aquella desdichada víctima del amor, y entregó una sortija que llevaba en el dedo al sacerdote que la auxiliaba. «Tomad, le dijo, esta pobre prenda de mi memoria: haced llegar á mi querida Hortensia las cartas que os he dado para mi padre, y Dios os bendecirá.»

— «El te reciba en su santa gloria, respondió el eclesiástico bañado en lágrimas.

Carlota Corday subió las gradas del patibulo sin auxilio egeno. Uno de los verdugos cortó sus largos y hermosos cabellos, y el otro descargó el golpe de muerte sobre su cuello, en medio de la rechifla de un populacho feroz, que vió sin estremecerse rodar hasta la plaza aquella preciosa cabeza.

Las últimas palabras de Carlota fueron ¡Genaro! ¡Dios mio!

J. M. DE ANDUEZA.

## EL ÚLTIMO SUSPIRO.

## AL SOL.

La fleur de ma vie est fanée  
 Il fut rapide, mon destin!  
 De mon orageuse journée  
 Le soir touche presqu' au matin.  
 M. L. V. G. R.

Ay! pára ya, sol mio, la moribunda huella,  
 Y al borde de tu tumba consuela mi dolor;  
 No pierdan ya mis ojos tu lánguida centella,  
 No pierdan ya mis labios tu vivido calor:

El rayo, que mi frente vivificante dora,  
 Alumbra de mis ojos la oscura languidez:  
 No partas ¡ay! sol mio; la luz que hoy me enamora  
 Mañana ya mis lágrimas no enjugará tal vez.

El ala de la muerte sobre mi frente umbria  
 Estremecido siento girar en confusión;  
 Y estos suspiros trémulos que el corazón envía,  
 Del que abandona el mundo los postrimeros son-

Morir, cuando la vida sus rayos encantados  
 Refleja sobre el cielo de hermosa juventud;  
 Perder ¡ay! el poeta laureles tan soñados;  
 Abandonar tan presto su canto y su laud.

Mas ay! Si del destino las nubes sin bonanza  
 Turbaron para siempre mi aciago porvenir;  
 Si ya perdí en el mundo la flor de mi esperanza,  
 ¿Qué resta á mis dolores ¡Oh sol! sino morir?

Estinga, pues, la muerte de mí vivir la llama;  
 Prepare ya la tierra mi lecho funeral;  
 Y esa tu luz dudosa que su esplendor derrama  
 Circunde ¡oh sol! mi frente, cual iris celestial.

Los últimos suspiros del pecho agonizante  
 Conserva entre tus alas en prendas de mi amor:  
 Consérvalos, sol mio; mi corazón amante  
 Ofrendas mas queridas no tiene en su dolor.

Ya sabes ¡sol querido! de mí vivir la historia;  
 Ya sabes cuanto al alma tu luz enagenó,  
 Y cual en sus dolores, al par ¡ay! que en su gloria  
 Tras esa lumbre pura frenética corrió.

Cuando la tierna infancia dorando mis cabellos  
 Veló con sus sonrisas mi labio virginal;  
 Al beso que en mi frente selláran tus destellos,  
 Mi pecho estremecía su calma angelical.

Volaron ¡ay! las horas de tan feliz reposo,  
 Y en pos de aquellas horas la juventud llegó:  
 Brindóme sus caricias un mundo artificioso,  
 Y el son de sus laureles mi anhelo despertó.

Amar fue mi destino, y un ángel de ventura  
 Llevó á mis labios cándidos la copa del amor:  
 Brillaba en su sonrisa de tu alba la ternura,  
 Y en su mirar radiaba de un cielo el resplandor.

Mil veces ¡ay! entonces ceñido entre sus brazos  
 Las cuerdas de mi lira frenético pulsé;  
 Y en amorosas trovas del corazón pedazos  
 Tu amor, y sus amores dichoso al par canté.

Tu luz y su suspiro fué el aura de mi aliento;  
 Mis glorias, ¡ay! de entrambos las cuitas suspirar;  
 Las penas de mi amada cifraron mi tormento,  
 Y siempre tu ¡crepúsculo mi llanto hizo brotar.

Mas ¡ay! la muerte fiera con su álito abrasado  
 Secó los labios céclicos de mi adorado bien:  
 Y para siempre entonces arrebatóme el hado  
 La aureola de ventura que ornara ¡Oh sol! mi sien.

Las glorias de mis días tuvieron ¡ay! su ocaso;  
 Las lágrimas vinieron de la alegría en pos;  
 Y hoy el suspiro incierto de mí vivir escaso  
 Al mundo y sus quimeras da el postrimer adios.

Adios, sol: vé y prosigue tu fúnebre carrera,  
 Y alumbrá de los hombres el llanto perenal;  
 Que es del eterno luto tu fulgida lumbrera  
 En el panteón del mundo antorcha funeral.

Y si al volver mañana sobre mi tumba fria  
 Una mujer llorando calmara su dolor:  
 ¡Ay! duélete sol mio! tan férvida agonía  
 La arranca ¡ay! á una madre la prenda de su amor,

Tan solo ella en el mundo con perenal desvelo,  
 Llorando sus congojas, mi amor recordará;  
 Tan solo.... ¡Oh madre! espera: que hay para el justo un cielo  
 Do Dios allí á las madres sus hijos tornará.

RAMON DE SATORRES.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Vinda de Paz frente á las Govachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

## ADVERTENCIA.

Habiéndose concluido la reimpression de los tres primeros tomos de esta publicacion correspondientes á los años de 1836, 1837 y 1838, se espenderán los tomos sueltos al precio de 36 reales en Madrid, y en las provincias con el aumento del porte. Los que tomaren la coleccion completa de los cuatro tomos (desde 1836 á 1839) y se suscriban al 5.º que es el del año actual, recibirán los cuatro primeros á razon de 30 reales en Madrid y 36 en las provincias francos de porte: Desde principios de setiembre en que segun se anunció quedó cerrada la suscripción á dichos tres tomos no se espenden cuadernos de trimestres ni números sueltos de los mismos por no descabalar las colecciones.